

Domingo XI del tiempo ordinario, ciclo B

13 de junio de 2021  
Mario Michiaki Yamanouchi  
Obispo de la diócesis de Saitama

Queridos Hermanos y Hermanas

Después del domingo del Corpus Christi, a partir de hoy retornamos al Tiempo Ordinario con el domingo número 11 del ciclo B que culminará con la fiesta de Cristo Rey (domingo 34 durante el año) que este año caerá el 21 de noviembre.

Hoy, la Palabra de Dios nos comunica cómo es el actuar de Dios en la historia humana. El Dios que nos presentan las tres lecturas, es un Dios que está bien metido dentro de nuestra vida cotidiana y camina en medio de los acontecimientos, aunque muchas veces, muy dolorosos como las guerras y los desastres naturales. Que Dios nunca nos abandona, pero que tiene su modo de actuar, aunque muchas veces no coincide con nuestra manera de pensar y, casi siempre, nos sorprende.

Que el ejemplo que nos presenta el profeta Ezequiel sobre cómo se planta y crece un cedro del Líbano y las dos parábolas sobre la planta que nace de una semilla y crece, nos ayude a comprender, cómo actúa Dios, hoy, en medio de la situación que estamos conviviendo la humanidad con el nuevo coronavirus, ya por más de un año y medio.

#### **Primera lectura: Ezequiel 17, 22-24: un gran cedro del Líbano**

El profeta Ezequiel compara la acción de Dios con la de un campesino que reforesta las cumbres áridas de Israel con cedros que se caracterizan por su gran tamaño y altura, por la duración de su madera y por su especial belleza.

A través de este ejemplo de un cedro que muere y renace, Ezequiel habla del hundimiento de la nación (de Israel) y del renacer de la nación apoyada en la esperanza de que Dios enviará un Mesías para liberarlo y salvarlo de la opresión enemiga. Ezequiel anuncia que Dios, así como de una ramita tierna plantada en el suelo árido de Israel es capaz de transformarlo en un gran cedro, la espera del Mesías que nacerá como descendiente de David, se hará realidad. Si bien, la esperanza mesiánica es aún como esta ramita plantada en tierra, con el tiempo crecerá, y llegará el esperado Mesías. Israel tiene que creer en la Palabra de Dios.

Ezequiel insiste de que el nuevo Israel que nacerá, será un rebrote joven plantado en lo alto de los montes de Judá; atrás quedaría la soberbia de la monarquía y todos los peligros de su desmesurada avidez de poder que tantas veces llevó a la ruina a la pequeña nación.

El profeta tiene la esperanza de que su pueblo renazca luego del exilio y su estirpe perdure como lo hacen los cedros que pueden llegar a durar dos mil años.

#### **Primera parábola: la semilla que crece por sí sola (Mc4,26-29)**

Ésta es una de las parábolas más hermosas de Jesús: breve, consistente en sí misma, llena de esperanza. Esta parábola relata la venida del reinado de Dios mediante la imagen de la tierra que hace germinar y crecer continuamente la semilla hasta la cosecha: la tierra produce su fruto.

El acento no recae sobre la siembra, que forma parte de la introducción de la parábola, pero tampoco recae sobre la cosecha, por importante que sea la final. Lo que importa en esta parábola es la descripción del modo en que el cereal crece; sin intervención del ser humano.

Para el hombre actual, las cosas son un poco diferentes, porque estando informado de los procesos biológicos, sabe cómo se produce el crecimiento, por qué se produce y qué puede hacer la técnica agraria para hacerlo crecer más rápido o más lento, para que la planta alcance una altura mayor o menor.

El trabajo de los campesinos actuales no acaba con la siembra. Así, los agricultores actuales, antes que los tallos se alarguen tratan con herbicidas, fungicidas, insecticidas y reguladores de crecimiento para que los tallos no se hagan demasiado altos y, así, no corran peligro de que las tormentas fuertes los quiebren o para que faciliten la cosecha de sus frutos.

Pero en la época de Jesús, en Galilea todo eso era muy diferente. La parábola describe la imposibilidad de intervenir en el crecimiento de los sembrados. El agricultor tiene que esperar. “Sea que duerma o se levante, de noche y de día”. La “tierra misma produce el fruto”. Aquí el hombre no puede hacer nada. No puede comprender ni financiar el milagro del crecimiento. Solo sabe que está actuando el poder creador de Dios, que al final, regalará la cosecha.

En conclusión podemos decir de que esta parábola trata sobre la venida del reinado de Dios. Pero, no está diciendo de que ese reinado vendrá cuando se haya sembrado, ni menos aún se dice de que llegará poco a poco, al modo como madura el cereal. No, aquí trata en primer lugar, de que el hombre no puede provocar ni forzar la llegada del reino de Dios, y menos aún con la violencia, como creían poder hacerlo los zelotes. El ser humano solo puede esperar. Dios mismo es el que da origen a su reinado y lo hará con seguridad.

Esta parábola insiste sobre todo en el poder creador y la potencia histórica de Dios. Nadie impedirá que Dios realice su obra y realice su salvación. La respuesta del hombre debe ser de la serenidad confiada en Dios.

### **Jesús habla sobre el reinado de Dios a través de parábolas**

La parábola que acabamos de comentar ha hablado del reinado de Dios, de su sorpresivo advenimiento o, más aún, de su irrupción en el mundo, y de la fascinación que el reino de Dios puede suscitar porque Jesús habla de que el reinado de Dios ya ha llegado, y no hay dudas de la victoria del reinado de Dios sobre los reinos humanos.

Pero, no olvidemos de que la proclamación de Jesús del reinado de Dios suscitó contradicción. La gente le habrá cuestionado diciendo: “¿Dónde está la transformación del mundo de la que hablas? ¡Si nada está cambiando en el país! Y los romanos continúan saqueándonos. Los que colaboran con ellos se hacen cada vez más ricos, y los pobres se quedan cada vez más desprotegidos. En el fondo, hasta ahora todo ha quedado tal y como estaba. ¿Y ahora un grupo pequeño y desvalido que recorre junto a ti la Galilea va a ser el comienzo del verdadero Israel? Si Dios por fin interviene, a través de su Mesías enviado, ¿no tiene que verse su actuar de una manera totalmente distinta: imperioso, poderoso, irresistible, capaz de transformarlo todo de un solo golpe?

Más o menos así habrán sido en aquel entonces las muchas objeciones, despectivas o angustiadas, que se le hacían a Jesús. Él respondía a esas objeciones con parábolas: del grano de mostaza (Mc 4,30-32), de la levadura (Lc13,20-21), de la semilla que crece por sí sola (Mc 4,26-29) y de la cosecha abundante (Mc4,3-9).

### **Segunda parábola: del grano de mostaza (Mc 4,30-34)**

Creo que esta parábola pudo ser breve porque compara el reino de Dios con algo conocido para los oyentes de Jesús, algo que acontece cada año ante sus ojos. Jesús compara el reinado de Dios con lo que sucede con los granos de mostaza sembrados o caídos en el suelo.

Veamos algunos datos botánicos: muy seguramente Jesús está hablando de “mostaza negra”(brassica nigra)cuyas semillas son muy pequeñas. Un grano pesa más o menos 1 mg y tiene un diámetro de 0,9 a 1,6mm. Sin embargo, crece hasta convertirse en un arbusto de un

año con ramas del tipo de las de un árbol. La altura promedio de una planta es de 1,5m. Junto al lago de Galilea puede alcanzar incluso una altura de 3m.

Pero, ¿de qué trata esta parábola?

Habla expresamente del reino de Dios. Pero, no compara puntualmente el reino de Dios con el pequeño grano de mostaza. El reinado de Dios no corresponde sin más, ni al grano ni a la planta ya crecida de mostaza: corresponde más bien al *proceso entero* en el cual de una semilla del tamaño de una cabeza de un alfiler, crece hasta llegar a ser un gran arbusto. El reinado de Dios no es algo estático sino dinámico.

El reinado de Dios es todavía pequeño, inapreciable, fácil de pasar por algo, aparentemente ineficaz. Pero se despliega, crece, se ensancha, se hace cada vez más fuerte y los pájaros del cielo anida a su sombra.

El reino de Dios puede ser tan pequeño e inapreciable como un grano de mostaza, es decir, aunque el verdadero pueblo de Dios, sea solo un pequeño rebaño, a partir del comienzo insignificante crece ya lo nuevo, lo totalmente distinto: un reino y una nueva sociedad universal. Y todo eso acontecerá con la misma seguridad con la cual el diminuto grano de mostaza se desarrolla hasta convertirse en un arbusto enorme.

El reino de Dios no tiene nada que ver con las pretensiones imperiales de los gobernantes de entonces. En cambio Jesús dice a sus discípulos: *“Los reyes de las naciones dominan sobre ellas y los que ejercen el poder sobre el pueblo se hacen llamar bienhechores. Pero entre ustedes no debe ser así. Al contrario el que es más grande, que se comporte como el menor, y el que gobierna, como un servidor”* (Lc 22,25-26).

La parábola se desarrolla ante todo en el mundo sobrio y real de las lindes de los campos, o más precisamente, en el huerto. El comienzo de la parábola es el ejemplo más corriente y común, cotidiano. Jesús compara el reino de Dios con el cultivo de las verduras y hortalizas. Jesús habla de una planta de un huerto, sin pretensiones y, por eso, de forma tanto más efectiva para sus oyentes.

Jesús escoge muy conscientemente las imágenes que utiliza. El reino de Dios acontece en medio del mundo cotidiano habitual, conocido por sus oyentes. El reino de Dios no está en la lejanía, no viene en medio de tempestades apocalípticas, sino a la manera como crece una planta de mostaza. Acontece ya ahora en medio de sus oyentes. El que contemple con fe lo que acontece a través y alrededor de Jesús, ve ya el reino de Dios: *“Felices los ojos que ven lo que ustedes ven”*(Lc10,23).

### **Conclusión**

En las dos parábolas de hoy subraya, a la vez, el misterio del crecimiento y del contraste: el crecimiento que se realiza gracias al dinamismo presente en la semilla misma y el contraste que existe entre la pequeñez de la semilla y la grandeza de lo que produce.

El mensaje es claro: el reinado de Dios, aunque requiere nuestra colaboración, es ante todo don del Señor, gracia que precede al hombre y a sus obras.

Nuestra pequeña fuerza, aparentemente impotente ante los problemas del mundo, si se suma a la de Dios no teme obstáculos, porque la victoria del Señor es segura. Es el milagro del amor de Dios que hace germinar y crecer todas las semillas diseminadas en la tierra.

Y la experiencia de este milagro de amor nos hace ser optimistas, a pesar de las dificultades, los sufrimientos y el mal con que nos encontramos. La semilla brota y crece, alimentados por el amor de Dios.